

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

Cuaderno 20 de ocho entregas.

MADRID.

JOSE ASTORT Y COMPAÑIA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

L47
2236

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS DE ESTUDIOS - MADRID

EL MATEMÁTICO

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

de

ENRIQUE FERREZ BARRION

ILUSTRADA CON FAMILIARES, ESCENAS, PLANTAS Y DIBUJOS

D. Eusebio Plaza

Quadrado 20 de cabo esquina

MADRID

IMPRESIÓN Y COMPAÑÍA EDITORA

Como se ve en el reverso de la cubierta

1917

10 El general quiso gritar, quiso librarse de aquellos
enemigos traidores, pero fueron vanos todos sus es-
fuerzos.

20 Fuertemente atado, le levantaron en alto entre Lo-
renzo y su compañero y volvieron á salir por la misma
puerta, llevándose al general, que se retorcia de rabia
dentro de la manta, pugnando inútilmente por desha-
cerse de sus enemigos.

—¡Bravo!—esclamó el conde cuando se quedó solo
con Daniel, que habia visto toda aquella escena con
marcada repugnancia;—Lorenzo vale mucho para estos
lances.

—Pero supongo, padre mio, que no le sucederá
nada al general,—preguntó Daniel.

—Nada, hijo mio, solo que le tendremos encerrado
dos dias en lugar seguro hasta que te cases con Clotil-
de; porque si le dejamos en libertad, será imposible
vuestra union.

—Pero la rabia, la desesperacion del general serán
inmensas cuando se vea libre.

—Lo sé, pero no me importa si he logrado asegurar
vuestra felicidad. Vendrá á proponerme un desafio, y
entonces, como para nada me necesitarás, me batiré
con él como lo he hecho otras tres veces en distintas
ocasiones. Pero no te preocupe este acontecimiento,
porque una vez descubierto nuestro paradero, el ge-
neral hubiera emprendido hoy mismo un nuevo viaje
y todos nuestros afanes y nuestros trabajos eran infruc-
tuosos.

Y como Daniel se quedara triste y meditabundo, el conde añadió:

—Esta noche Clotilde será tuya, yo te lo prometo. En cuanto al general, nada temas por su vida, pues es sagrada mientras le tenga en mi casa de huésped. Ahora, hijo mio, vamos á dar un paseo por las orillas del lago; necesito respirar el aire libre.

Y el conde, apoyado en el brazo de Daniel, salió de la habitacion.

CAPÍTULO IX.

Donde el conde procura tranquilizar á su ahijado.

Daniel se sentia afectado. La violencia que acababa de ejercerse con el general Lostan le habia causado un efecto desagradable, porque su buen sentido le decia que aquel hombre orgulloso no olvidaria con facilidad la terrible escena que acababa de tener lugar.

Además, él se habia puesto con una pistola en la mano desafiándole, nuevo insulto que no era por cierto el mas oportuno para conquistar sus simpatías.

Peró lo que le estrañaba, lo que no podia esplicarse era el efecto que su resolucion de batirse por el conde causó al general, hombre con justa reputacion de valiente y que, al ver la pistola en la mano de Daniel, habia caido aterrado y medroso sobre una butaca, escapándose el arma que poco antes oprimia con viril arrogancia.

La situacion en que se encontraba Daniel no era por

cierto la mas á propósito para deducir con lógica las consecuencias de todas las observaciones que llevamos apuntadas. Por eso el huérfano, que daba el brazo al conde, salió de la habitacion conducido por una voluntad superior á la suya, sin desplegar los labios.

Cuando llegaron al jardin, el conde, que, aunque procuraba disimularlo, estaba bastante afectado, pero que, hombre de esperiencia y de gran mundo, sabia dominar sus emociones, dijo:

—Supongo que debe haberte afectado la estraña escena que acaba de tener lugar. Debo, por consiguiente, darte una esplicacion y aconsejarte que te tranquilices. Todo esto no tendrá graves consecuencias, yo te lo aseguro.

—Sin embargo, el general no puede olvidar que yo me he colocado delante de él con una pistola en la mano y que los criados del conde de la Fé, obedeciendo sin duda sus órdenes, se arrojaron sobre él traidoramente tratándole como un criminal.

—Qué quieres, Daniel. El hombre es hijo de las circunstancias; yo estaba lejos de sospechar y creer que el general viniera á hacerme una visita sin otro objeto que el de proponerme un duelo á muerte. Me he batido con él tres veces y creo que le he probado que no soy muy avaro de la vida. No era por consiguiente el peligro que se arrostra en un duelo lo que me hizo tomar tan pronta y violenta resolucion: voy, pues, á explicarme para que comprendas que mi conducta está justificada, porque no tiene otro móvil que tu felicidad.

El conde se detuvo un momento como para estudiar

el efecto que sus palabras causaban en Daniel, que, inmóvil y taciturno, no desplegaba los labios.

—En primer lugar,—añadió el conde,—debo decirte que desde el momento que el general descubrió nuestro paradero y tuvo noticia de tus citas con Clotilde, corriamos peligro de haber encontrado mañana desocupada la poética quinta de Diodati.

—Luego él ha sabido...

—Todo, hijo mio. Y ya puedes comprender el peligro que corriamos de ver destruidos todos nuestros trabajos, todos nuestros afanes. El general hubiera abandonado hoy mismo las orillas del lago Lemán, y esta noche, al acudir tú á la segunda cita lleno de amor y entusiasmo, hubieras encontrado perfectamente cerrada la puerta, y el dia te hubiera sorprendido en aquel sitio sin tener la inmensa felicidad de ver á la mujer que tanto amas.

—Clotilde me habia jurado no emprender un nuevo viaje aunque su padre se empeñara en ello.

—¡Bah! Los juramentos de las hijas de familia, aunque broten del fondo del corazon, aunque sean hijos del alma, no siempre pueden cumplirse, querido Daniel. Así pues, vuelvo á repetirte que te tranquilices. Tu asunto está hoy en mejor situacion que ayer. Esta noche acudirás á la cita. Un carruaje os esperará á corta distancia de las tapias del jardin para conducirnos á la capilla católica, en donde todo está dispuesto. Y tan pronto como Clotilde sea tu esposa, una hora despues de que te pertenezca en cuerpo y alma, acompañado del mismo sacerdote que bendecirá vuestra union, os pre-

sentareis al general á pedirle perdon, y el negocio quedará perfectamente concluido.

—¡Oh! ¡si eso fuera cierto!—esclamó Daniel con alegría.

—¿Y por qué no lo ha de ser? ¿Qué quieres tú que suceda cuando la cosa no tiene remedio, que Clotilde es tuya, que os habeis desposado á los piés de un sacerdote? Voceará un poco y acabará por hacer lo que hacen todos los padres: perdonar. Conque ya ves, hijo mio, que, gracias á la casualidad y á la violencia que hace poco me echabas en rostro, tengo en mi poder al general Lostan y te queda esta noche libre el camino y sin ninguna dificultad para que se realicen tus deseos.

Daniel, jóven lleno de fé y de entusiasmo, se arrojó en los brazos de su bienhechor, á quien amaba como un padre, esclamando:

—¡Es usted el mejor de los hombres!

—Soy sencillamente un pobre viejo, un solteron doceañista que, cansado de la soledad de su existencia, quiere hacer méritos para que le permitas llamarse tu padre y con el tiempo le ames como un hijo.

—¡Oh! En cuanto á eso, ya sabe usted que es suyo todo mi cariño, todo mi agradecimiento.

—Despues de Clotilde, ¿no es verdad?—preguntó el conde dirigiendo una sonrisa bondadosa á Daniel.

—¡Ah, padre mio! Á ella la amo de distinta manera que á usted. Mas si el conde de la Fé me dijera: «Rompe para siempre las relaciones que te unen con esa mujer,» yo obedecería sumiso.

—Líbreme Dios de semejante estupidez. Lo que yo deseo es que te cases pronto con ella y que seais felices. Es para mí una cuestión de egoísmo, porque entonces, si sois agradecidos, en vez de un hijo que me ame, tendré dos.

—En cuanto á eso, padre mio, puede usted estar seguro de que nuestro amor y nuestra gratitud serán inmensos; pero no soy egoísta, y á pesar de la alegría que sus palabras transmiten á mi corazón, no puedo menos de pensar que el general, que desde muy antiguo profesa á usted un gran ódio, cuando se vea libre, estallará en ira contra usted.

—Lo que puede hacer el general, una vez asegurada vuestra felicidad, me preocupa poco. Ya buscaremos la manera de calmarle, y en último resultado, como mis años y mi conducta pasada me disculpan, aunque me proponga un desafío no lo aceptaré, y asunto concluido.

—Pero la provocación puede ser de tal naturaleza...

—Descansa, hijo mio; todos los insultos que se dirigen á un anciano recaen sobre el mismo que los emplea.

Y como Daniel no quedara satisfecho y el conde deseara terminar aquella conversacion que inquietaba á Daniel, añadió:

—Descansa y espera la noche, que ha de ser, indudablemente para tí, la mas feliz de tu vida.

Aunque Daniel no quedaba satisfecho á pesar de las razones del conde, le acompañó hasta la casa, volviendo luego al jardín, donde se puso á pasear triste y meditabundo.

CAPÍTULO X.

El placer de la venganza.

Llegó la noche.

En una de las habitaciones bajas de la casa de campo del conde de la Fé se hallaba sujeto á un sillón el general Lostan.

Las puertas y las ventanas estaban herméticamente cerradas: una lámpara colgada del techo iluminaba la sala con ténue luz.

El general, despues de una hora de horrible lucha para romper las ligaduras que le sujetaban y librarse del pañuelo que en forma de mordaza no le dejaba pedir socorro, se convenció de que todo seria inútil y comenzó á tranquilizarse esperando que llegaría la hora de la venganza.

Pero cuando llegó la noche, cuando Lorenzo se presentó á encender la lámpara y se retiró sin desplegar los labios, cuando segunda vez se quedó solo, un pensamiento que le aterraba cruzó por su mente.

El general habia dicho á Santiago: «Si á las diez de la noche no he vuelto, esto es prueba de que he muerto, y entonces colocarás en la mesa de la alcoba de Clotilde el cofrecillo de ébano para que se entere de toda la horrible verdad.

Si no rompía las ligaduras que le sujetaban al fatal sillón, si no lograba llegar á su casa antes de la hora convenida, todo se habia perdido.

¿Cómo evitar semejante desgracia? Era imposible, pues el general comprendia las intenciones del conde de la Fé.

La situacion era desesperada para el general. Revelar su abrumador secreto antes de morir, tenia para él mucho de vergonzoso, porque comprometia no solo su honra, sino tambien la de su esposa doña Beatriz.

El orgullo de la marquesa no le perdonaria nunca el escándalo, el oprobio que iba á caer sobre su nombre.

El general comprendió que habia cometido una imprudencia dando tan terminantes órdenes á Santiago.

Pero entonces era imposible retroceder. La suerte estaba echada, y el único camino que quedaba se reducia á terminar la partida.

Mientras tanto el tiempo pasaba. Un reloj de pared, colocado precisamente delante del general, reloj que para no verle cerraba de vez en cuando los ojos, iba pausadamente recorriendo el horario con su saeta.

De vez en cuando la campana daba los cuartos y luego las horas.

Cuando sonaron las diez, el general se estremeció

como si hubiera sentido un golpe doloroso en el corazón.

Era la hora convenida con Santiago para depositar en la alcoba de Clotilde el cofrecillo de ébano.

Entonces un gran desaliento se apoderó del espíritu del general, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, pensó que todo se había perdido.

En este momento se abrió una puerta y se presentó el conde de la Fé en la habitación.

La presencia de aquel hombre devolvió toda su energía al general.

Privado de los brazos y de la lengua, no podía castigarle ni insultarle. Le quedaba solamente la mirada; pero los ojos en muchas ocasiones espresan con claridad los efectos del alma.

El conde entró silencioso como el zorro olfateando la presa que tiene segura en su madriguera.

Contempló al general algunos segundos con las manos cruzadas por detrás de la espalda, parado, inmóvil, á tres pasos de distancia y dejando asomar á sus delgados y descoloridos labios una sonrisa que enardecía la sangre de su prisionero.

Después de esta pausa cogió una silla, la colocó frente por frente del sillón que ocupaba el general y se sentó.

Por segunda vez comenzó la muda contemplación.

Diríase que el conde se gozaba adivinando lo que aquel hombre sufría.

Por fin el conde suspiró con placer y dijo:

—Buenas noches, general.

Y como don Pedro le dirigió una mirada en la que quiso espresar todo el ódio que le hacia él sentir, añadió:

—Mucho me aflige verme obligado á tratar de un modo inhospitalario á un huésped como usted; pero las circunstancias ponen al hombre en situaciones muy violentas, y es preciso resignarse y tener paciencia.

El general cerró y abrió los ojos con precipitación varias veces. Parecia decirle: «Vete; déjame.»

—Un noble,—añadió el conde con pausa,—cuyos antepasados tomaron parte en la célebre y funesta expedicion de las Cruzadas, no debe olvidar nunca lo que se debe á los huéspedes; pero las conveniencias y sobre todo la felicidad de un jóven á quien amo como á un hijo, porque su padre ha cometido la incalificable vergüenza de abandonarle, me obligan á tratar á usted con alguna dureza. Pero esto durará poco, general. Á la una de la noche Clotilde y Daniel se desposarán en una capilla inmediata y luego quedará usted libre.

El general, cuyo cuerpo sufrió un brusco estremecimiento, miró al conde de un modo que parecia que iban á saltarle los ojos de las órbitas.

—¡Qué diantre!—añadió el conde:—es una gran satisfaccion para nosotros, pobres viejos, asegurar la felicidad de los jóvenes. Usted, querido general, ha sido demasiado cruel con esos muchachos; pero afortunadamente no se ha perdido otra cosa que un poco de tiempo, y antes de mucho el apasionado beso del amor recompensará todas sus penalidades, todos sus desvelos, y

mañana, amantes esposos, vendrán á pedir perdon á los piés del general Lostan.

Don Pedro hacia tales esfuerzos por desprenderse de aquellas malditas correas que le tenian sujeto, que su semblante se coloró hasta el extremo de tornarse morado.

—Vamos, vamos, general, no es conveniente tomar las cosas tan á pecho. ¡Qué diantre! déjeles usted que se casen, puesto que se aman. Es preciso dar á cada edad lo que le pertenece. Ellos están en la primavera de la vida: que se amen en buen hora y que sean dichosos. Á eso debe reducirse todo nuestro afan.

El general cerró los ojos porque le era insoportable la presencia de aquel hombre.

—¿No quiere usted verme?...—le preguntó el conde.
—No importa. Me oirá usted: es lo mismo. Yo siento prolongar esta escena que indudablemente molesta á usted mucho, pero es preciso hacer tiempo. Ese reloj indicará el tiempo oportuno de dejarle libre.

Y sonriéndose de un modo frio y sarcástico, añadió:
—Antes de dos horas un sacerdote habrá bendecido la union de Clotilde y Daniel. Ellos serán felices un momento, y luego... ¡Ah! luego maldecirán al general Lostan.

Don Pedro agitó la cabeza como si negara lo que decia el conde.

—Sí le maldecirán,—volvió á decir el conde,—porqueno ha tenido bastante valor para decirles: «Sois hermanos, la misma sangre circula por vuestras venas; amaos

como á hermanos y compadeceos de vuestro padre. Ellos, al oír esta franca revelacion, le hubieran perdonado. Pero el orgullo, la vanidad del hombre que desde la nada se eleva á altos puestos han perdido al general Lostan; el incesto caerá sobre su frente amargando los últimos momentos de su vida, y la maldicion de sus hijos le perseguirá por todas partes acompañado del desprecio, la vergüenza y la deshonra.

El general, á pesar de la mordaza que llevaba, exhaló un rugido que fué contestado con una carcajada del conde.

Si don Pedro hubiera podido romper sus ligaduras, hubiera indudablemente despedazado á su enemigo.

Y mientras tanto el tiempo, que no se detiene por nada ni por nadie, seguia su curso y las fatales saetas del reloj iban girando en derredor de la esfera.

El general dirigió los ojos con desesperacion hácia el reloj y hubiera querido detener su marcha con una mirada.

El conde continuaba irritando á su enemigo, bien hablándole de la futura felicidad de Clotilde y Daniel, bien recordándole la historia de Margarita.

Cuando el reloj marcó la una de la noche, el conde, exhalando un suspiro de gozo que mas bien parecia un grito salvaje, exclamó:

—¡Todo se ha cumplido! Daniel y Clotilde se habrán jurado amor eterno á los piés de un sacerdote, y á estas horas una barca preparada con todos los atributos con que puede soñarse la voluptuosidad, les esperará á la ori-

lla del lago. Esta barca debe ser el lecho nupcial de los desposados. Y ahora, señor general, aunque es preciso que permanezca usted algunas horas mas sujeto á ese sillón, voy á librarle á usted de esa mordaza para que hablemos como dos buenos amigos.

Y el conde desató el pañuelo que obligaba á enmudecer al general.

Con gran asombro del conde, vió que el general, en vez de dirigirle terribles insultos, se sonrió de un modo triste, y agitando dolorosamente la cabeza, dijo:

—Señor conde, doy á usted las gracias por su generosidad, pues ella me permite decirle que la Providencia nos castiga á entrambos y que mañana habremos dejado de existir los dos.

Estas palabras fueron pronunciadas con una fuerza de convicción tal, con un acento tan profético, que don Fernando se quedó por un instante desorientado.

El general, comprendiendo que habia causado el efecto que deseaba, añadió sin levantar la voz, como si se tratara del asunto mas indiferente:

—Usted, señor conde, al cogermé en esta emboscada, ha firmado dos sentencias de muerte: la mia y la suya. Pronto tendré ocasion de demostrarle que no son vanas palabras las que formulan mis labios; pero dejando aparte nuestras existencias, que tan poco valen, ahora que el reloj ha marcado para usted el sublime momento de la venganza, debo decirle que ha comenzado la mia.

Los pequeños y vivos ojos del conde demostraron

con sus rápidos movimientos, con la inquietud, que no comprendia lo que acababa de decirle.

—Sí, la mia,—añadió el general,—porque, como he dicho antes, la Providencia se ha encargado de castigarnos á los dos. Porque antes de que Daniel haya acudido á la cita, Clotilde habrá sabido que el que ella creia su amante es su hermano.

El conde se estremeció bruscamente y sus facciones se descompusieron de un modo horrible.

—Eso no es posible...—murmuró;—eso lo dice usted para sobresaltarme.

El general agitó la cabeza tristemente, añadiendo:

—Antes de mucho Daniel vendrá á esta casa á pedir cuenta al conde de la Fé de su infame conducta. Su ódio será mas profundo para el hombre que, sabiendo su origen, le ha empujado hácia el crimen, que no para aquel que, siendo su padre, se lo ha ocultado por razones de altos intereses de familia.

—Pero Daniel no sabrá la historia de su nacimiento hasta despues de consumado el incesto.

—Error grave, señor conde. Daniel lo sabe todo á estas horas, porque la Providencia lo ha dispuesto de ese modo. Oiga usted y convéznase de que sus fallos son inapelables.

El general hizo una pausa, respiró con fatiga, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, se quedó inmóvil.

Aquel hombre enérgico, aquella naturaleza de acero habia sufrido un cambio notable. Parecia un hombre sentenciado á muerte, resignado con su suerte.

Sus ojos, poco antes llenos de fuego, de animación y de vida, se fijaban en el suelo con la tristeza resignada de los mártires.

Diríase que todo le era indiferente, que presagiando su próximo fin, ni siquiera se tomaba la molestia de pensar en evitarlo.

El conde, por su parte, se hallaba inquieto, pero silencioso, esperando que el general le aclarara el enigma, como le había indicado.

CAPÍTULO XI.

Confesion.

Trascurrieron algunos minutos.

El conde no se esplicaba el silencio del general, pero al mismo tiempo, como si temiera las palabras que iba á dirigirle, no se atrevia á interrumpirle.

Por fin don Pedro levantó la frente, fijó en su im- placable enemigo los ojos y dijo con reposado acento:

—Ángela, la pobre mártir que bajó á la tumba, cumpliéndome su palabra, dejó antes de morir un ma- nuscrito en donde consignaba su triste y dolorosa his- toria. Este manuscrito, estas memorias regadas con sus lágrimas, escritas con su alma, estaban destinadas á revelar á su hijo toda la verdad en el caso de que yo, ahogando en mi pecho la voz de la naturaleza, rechazara, como lo hice en mal hora, á aquel que me debia el sér y por cuyas venas corria mi sangre.

El general se detuvo, y respirando añadió:

—Por el principio de mi relato comprenderá usted, señor conde, que estoy haciéndole una confesion: es la

confesion de un moribundo... de un hombre á quien quedan pocas horas de vida y que, persuadido de que la Providencia lo quiere así, va á descargar su conciencia en el pecho de su irreconciliable enemigo, porque al final de esta narracion se verá en la necesidad de arrancarle la existencia ó dejarle el corazon lleno de remordimientos. Mi espíritu comienza á tranquilizarse porque mi alma ve clara la muerte, porque comprendiendo la pequeñez de la criatura, Dios, sin duda, ha querido que penetre un rayo de luz en mi ofuscado cerebro, mientras una voz secreta me gritaba al oido: «no luches mas, la hora de la justicia ha llegado y Clotilde y Daniel se salvarán.» Por eso, señor conde, mi rabia, mi enojo, mi desesperacion se han convertido en una gran calma y mi espíritu se halla tranquilo como el fondo de una tumba.

Desde este momento el conde en vano procuraba disimular la inquietud que le causaban las palabras de don Pedro.

El general continuó de este modo:

—Ángela confió su manuscrito á un hombre probo, honrado y leal, con el objeto de que este hombre, á su vez, se lo entregara á Daniel en el caso de que yo no me portara como padre: yo supe todo esto y pude apoderarme del manuscrito, y seguro por esta parte de que mi hijo no sabia el origen de su nacimiento, cuando se presentó con una carta de recomendacion de Ángela, le recibí con dureza, rompiendo con él para siempre.

Este rasgo de crueldad me hizo mucho daño, señor

conde. Necesité de un gran valor para llevarlo á cabo. Pero á ello me obligaban las circunstancias y las exigencias de la marquesa del Radio, cuyo orgullo indomable mataba en mi corazon el cariño paternal.

Durante algun tiempo me creí seguro y dueño absoluto de mi secreto; pero pronto observé que se levantaban grandes obstáculos amenazando mi felicidad y mi honra.

Entonces coménzaron para mí las inquietudes, los sobresaltos, los grandes disgustos.

Durante algunas horas de la noche leia y releia las memorias de Ángela, que siendo una generosa relacion de mi conducta, ni siquiera me atrevia á quemar.

Cuando supe que usted protegía á Daniel y que él y Clotilde se amaban, lo confieso, señor conde, tuve intenciones de asesinar á usted, pues adiviné toda la infernal combinacion que usted habia dispuesto para deshonrar á mi familia.

Á mí me hubiera sido fácil decirle á Daniel: «esta es la verdad, maldíceme si te place, pero rechaza á ese hombre infame que te acaricia, que finge protegerte porque eres para él un objeto de venganza ruin y cobarde.»

Pero cuando una de estas nobles ideas cruzaba por mi mente, la severa mirada de mi esposa venia á decirme: «tenemos una hija, ¡ay de tí si revelas á ese jóven el secreto de su nacimiento!»

Viendo los peligros que me amenazaban, abrumado bajo el peso de mi gran falta, resolví abandonar á España con la esperanza de que mi hija olvidaria. Pero

usted, tenaz, irreconciliable enemigo, ha echado por tierra todos mis planes, todas mis esperanzas.

Pero tambien sus infernales maquinaciones han sido infructuosas, porque yo, antes de salir esta mañana de mi casa con el objeto de matarle á usted ó morir á sus manos, entregué el manuscrito de Ángela á mi ayuda de cámara y le dije: «Si á las diez de la noche no he vuelto, es prueba de que he dejado de existir, y para que la honra de mis hijos no peligre, antes que Daniel acuda á la cita, entregarás á Clotilde este cofrecillo, que encierra la historia de una mártir.»

—¿Y Clotilde ha leído esas memorias?—preguntó el conde precipitadamente.

—Clotilde á estas horas,—añadió el general,—sabrá la historia de la infeliz Ángela y la infame conducta del conde de la Fé. Clotilde á estas horas tal vez se halle en los brazos de su hermano maldiciendo al hombre que, alentando sus amores, les empujaba hácia la vergüenza y el oprobio.

—¡Mientes! ¡mientes!...—esclamó el conde.—¡Tú quieres llenar mi pecho de inquietud y desesperacion... pero yo no te creo, porque eso que dices no es posi-

ble! El general escuchó aquellas duras palabras con gran impasibilidad, y dejando asomar á sus labios una sonrisa desdeñosa, repuso:

—Todo el ódio de Daniel y Clotilde es en estos momentos para el conde de la Fé... Esa es mi venganza, ese es el gran placer que experimento en este instante.

Cuando el sol alumbre, cuando mi hijo venga á pedirte una esplicacion de tu conducta, tú tendrás que inclinar la frente, avergonzado ante las acusaciones del que llamas tu ahijado.

La fisonomía del conde se iba descomponiendo. Diríase que las palabras del general penetraban en su razon como dardos envenenados.

Su mirada, poco antes serena, se tornó ceñuda, amenazadora; su sonrisa sarcástica, burlona, tomó la espresion de la ira, del despecho.

—La Providencia, que indudablemente se ha propuesto castigarnos á los dos,—añadió el general con reposado acento,—me ha conducido á esta casa, y mientras tú creias llegado el momento de tu venganza, ella se ha encargado de preparar al mismo tiempo la tuya. ¡Qué importa que nosotros nos perdamos si ellos se salvan!... ¡Qué importa que la vergüenza y el oprobio caigan sobre los criminales, mientras salga triunfante la inocencia!...

El conde se levantó. Era preciso no perder tiempo. Dirigió una mirada al reloj, que marcaba las tres de la mañana.

Prolongar aquella escena era una imprudencia. Tiró con fuerza del llamador de la campanilla, y Lorenzo se presentó inmediatamente en la puerta.

—¡Un caballo, Lorenzo! ¡un caballo!—esclamó el conde.

Y como Lorenzo se quedara mirándole sin comprenderle, el conde añadió:

—Ven; no tenemos tiempo que perder.

Don Fernando cogió bruscamente por un brazo á Lorenzo y le sacó de la habitación.

El general le vió partir sonriéndose.

Cuando se quedó solo, exhaló un suspiro, dejó caer la cabeza sobre el pecho y murmuró en voz baja:

—¡Dios mio, haz que llegue tarde!

LIBRO DUODÉCIMO.

Bajo el cielo de España.

LIBRO DUDÉCIMO.

Bajo el cielo de España.

CAPÍTULO PRIMERO.

Retroceder.

El hombre que tiene bastante entendimiento para hacer reflexiones filosóficas sobre la vida y la muerte, sabe que el tiempo no pasa en vano y que la naturaleza comienza á descomponerse con gran rapidez, por regla general, á los sesenta y cuatro años.

Durante el poético y risueño período de la juventud, cuando el cerebro está lleno de espuma, pero de una espuma de color de rosa que lo embellece todo, cuando el corazón se encuentra lleno de fuego, cuando el amor, las ilusiones y los hermosos sueños nos olean por todas partes, se piensa poco en la muerte, y no se tiene prisa jamás en arreglar los asuntos de ultratumba.

La ocupacion de los jóvenes tiene algun símil como la vida de los pájaros durante la encantadora estacion del verano: se reduce á amar y á cantar; poco importa que el árbol que alberga entre sus ramas al alegre pajarrillo sea mas ó menos frondoso, ocupe una posicion mas

ó menos pintoresca; poco importa que la jaula del hombre á los diez y ocho años sea un palacio ó una buhardilla.

Un poco de aire, un poco de luz, la esperanza en el corazon, la fé en el alma y la mente repleta de encantadoras ilusiones, bastan y sobran para embellecer el ancho horizonte que se presenta ante sus ojos.

Al pajarillo le basta una rama donde apoyarse y una hoja que resguarde su cabeza de los ardorosos rayos del sol durante las horas de la siesta. Al jóven le basta un sueño de amor para llenar su pecho de felicidad.

La vida no es otra cosa que un sueño, como ha dicho el inmortal autor de *El Principe Constante*. Este sueño termina cuando comienza la vejez, cuando el hombre, con paso vacilante y cargado de desengaños, se aproxima tristemente á las puertas del sepulcro, y encorvando el cuerpo con fatiga, busca en el fondo de la fosa esa verdad desconocida que comienza al terminar la existencia.

El doctor Samuel, familiarizado con la muerte durante su larga carrera, habia aprendido á despreciar la vida.

Conocia además que era preciso aprovechar el tiempo y tener perfectamente arreglados todos los asuntos; por eso, inquieto, desazonado, deseaba poner término á la situacion falsa en que se encontraba su querido huérfano Daniel.

Obedeciendo á una súplica del conde de la Fé, habia dado una tregua al momento sublime de su entrevista con el general Lostan.

Inquieto, impaciente y mal avenido consigo mismo

por haber accedido á las súplicas del conde, dejó pasar tres dias, y una mañana, resuelto á poner término á su obra y pensando que la pobre Ángela desde el cielo se estrañaria de su poca actividad, se dirigió á casa del conde de la Fé resuelto á decirle que aquel dia iba á revelarle á Daniel el origen de su nacimiento.

Grande fué la sorpresa del doctor Samuel cuando le dijo el portero que el conde de la Fé y el señorito Daniel habian salido de Madrid.

El doctor no quiso dar crédito á aquella noticia y subió la escalera con toda la precipitacion que le permitieron sus cansadas piernas, pues no comprendia que Daniel hubiese cometido la ingratitud de marcharse de Madrid sin decirle ni una sola palabra.

Desgraciadamente, no tardó mucho en convencerse el doctor de que el portero le habia dicho la verdad, y entonces, á falta del conde de la Fé, que pudiera aclararle el misterio de aquella fuga, preguntó por el señor Castro, que indudablemente debia saber el paradero del huérfano y del conde.

Castro, como recordarán nuestros lectores, era un hombre astuto y á quien no se sorprendia con facilidad; además, estaba esperando la entrevista con el médico: por eso, viéndole entrar en su despacho, pálido y conmovido, se apresuró á ofrecerle una silla y á preguntarle con cariñoso acento:

—¿Qué es eso, querido doctor? ¿está usted malo?

—No, no estoy malo, pero acaban de decirme una cosa que no me atrevo á creer.

—¿Y qué es ello?

—Dicen que el señor conde y Daniel se han marchado de Madrid.

—Efectivamente, pero volverán muy en breve.

—Pero ¿á dónde han ido?

—¡Ah, querido doctor!—añadió Castro haciendo un movimiento espresivo con la fisonomía,—los ricos tienen muchos caprichos, y á los que no hemos nacido con la auréola de una gran fortuna, no nos queda otro remedio que aplaudir hasta sus escentricidades.

El doctor se quedó mirando á Castro como si no comprendiera las palabras que acababa de decirle.

—Pero... entendámonos, caballero, ¿se puede saber á dónde ha ido el conde de la Fé, á dónde está mi ahijado Daniel?

—Esa es una pregunta, amigo mio, á la que yo me veo en la dolorosa necesidad de no contestar.

El semblante del médico se oscureció, y fijando una de esas miradas que eran una reconvencion en su interlocutor, añadió con acento grave:

—Entendámonos, caballero: ¿le han prohibido á usted que me oculte el itinerario de ese viaje?

—Han hecho algo peor que eso,—contestó Castro con una serenidad que hubiera desorientado á cualquiera:—se han marchado sin despedirse de mí, es decir, que yo me encuentro en el mismo caso que usted.

—¿De manera que usted ignora dónde se hallan?—volvió á preguntar el doctor dando crédito á las palabras de Castro.

—Sí, señor, lo ignoro completamente; pero tengo la confianza de que el conde no ha de tardar en escribirme alguna carta dándome noticias suyas.

—Todo esto es bastante extraño,—se dijo el doctor como hablando consigo mismo.

—No me ha sorprendido á mí menos que á usted: el conde partió sin decirme ni una sola palabra; solo me remitió una carta por su ayuda de cámara en que me decia: «Me marchó de Madrid, ya escribiré á usted indicándole á dónde voy.» Despues de esto han trascurrido tres dias, y aquí me tiene usted esperando con impaciencia órdenes de mi señor.

—¡Marcharse Daniel sin decirme nada,—volvió á murmurar Samuel,—parece imposible!

—Veo que le preocupa á usted, querido doctor, este viaje inesperado; pero yo, que conozco los caprichos de los ricos, le aconsejaria que permaneciese tranquilo, pues tengo la seguridad de que, de un momento á otro, les veremos entrar por la puerta riéndose de nuestras inquietudes.

—Sin embargo, caballero, preciso es confesar que ese viaje ha sido una imprudencia: Daniel estaba enfermo, ó por lo menos convaleciente, y exponerle á las fatigas de un viaje, francamente, no me parece muy cuerdo; si se me hubiese consultado como médico, tenga usted por seguro que no hubiese dado mi consentimiento.

—Precisamente por eso,—añadió sonriéndose Castro,—habrán guardado el mas profundo silencio.

El doctor comprendió que nada tenia que hacer en

aquella casa; además, una sospecha terrible comenzaba á inquietarle.

Se puso de pié, y mirando con fijeza á Castro, dijo:

—Puesto que el señor conde de la Fé me ha burlado de este modo, llevándose á Daniel, precisamente cuando yo mas lo necesitaba para cumplir el sagrado encargo de la pobre mártir que ya no existe, yo debo creermelo relevado del compromiso de guardar silencio por mas tiempo, y en este mismo instante voy á ver al general Lostán.

Las palabras del doctor Samuel desorientaron por un instante á Castro, pero no tardó en serenarse pensando que el general se hallaba lejos de España.

—Creo, amigo doctor, que seria mas conveniente, antes de dar el paso que usted acaba de indicarme, que esperara el regreso del conde.

—El conde ha abusado de mi buena fé, y yo no debo guardarle ninguna consideracion.

—Sin embargo, doctor, el conde, como usted, no desea otra cosa que la felicidad de Daniel.

Una sonrisa, tan amarga como incrédula, asomó á los labios del médico.

—Señor Castro,—dijo,—hay en todo esto un misterio que yo no puedo explicarme; desde el primer dia que yo me presenté en esta casa, resuelto á cumplir la voluntad de una mujer que no existe, el conde mostró gran empeño en que Daniel ignorara el origen de su nacimiento: ¿qué causas, qué razon obligaba al conde á suplicarme que no revelara mi secreto, del que depende tal vez la felicidad y el porvenir de un pobre huérfano? Ni la

comprendo ahora, ni he podido explicármela nunca, pero hoy mismo terminarán mis dudas, hoy mismo la verdad brillará con todo su esplendor para humillar la frente de los soberbios. ¡Dios quiera que mi revelacion no sea tardía! ¡Dios quiera que la terrible idea que asalta mi mente y que llena de inquietud mi corazon, no se convierta en una realidad espantosa!

Y el doctor, sin esperar otra respuesta, sin dedicar ni una palabra de despedida á Castro, salió precipitadamente de la habitacion.

—¡Pobre viejo!—murmuró hablando consigo mismo el secretario del conde, tan pronto como se quedó solo; —cuando tú reveles la verdad de ese terrible secreto que tantos peligros te ha hecho correr y tantas penalidades te cuesta, ya será tarde. Mi amo, el ilustre conde de la Fé, necesita vengarse, y es hombre muy á propósito para atropellar por todo, sin que le detengan ni los obstáculos ni los inconvenientes; yo bien conozco que en este asunto, como se dice vulgarmente, pagarán justos por pecadores, pero esta es la ley humana y es preciso resignarse.

Y Castro, cogiendo una pluma, añadió: —Demos cuenta al señor conde de la visita que acabá de hacerme el doctor Samuel.

CAPÍTULO II.

Donde el doctor Mendez descubre terreno.

El doctor Samuel se dirigió precipitadamente á casa del general Lostan, y no con poca sorpresa supo que ni el general ni su hija Clotilde se hallaban en Madrid.

La situacion se complicaba; el pobre anciano, aturdi- do y casi sin atreverse á dar crédito á que se hubieran fugado de la corte todos los personajes interesantes del drama de familia que él debia resolver, calculó que lo mas prudente era regresar á su casa para contarle á Mendez todo lo que le sucedia.

Y efectivamente así lo hizo: Mendez escuchó el relato de su antiguo maestro, y comprendiendo que aque- llos viajes no eran hijos de la casualidad, sino de un plan meditado, temió que algun nuevo peligro amenazara á Daniel y á Clotilde.

Pero, ¿cómo evitarlo, ignorando el paradero del conde y del general?

Mendez sospechó que quizá la marquesa del Radio sabia en qué punto de la tierra se hallaban su hija y

su marido, como asimismo no se resignó á creer que Castro ignorara el paradero del conde y de Daniel.

—Por otra parte, Mendez no estaba tranquilo siempre que su anciano maestro salia solo á la calle. Sabia que el doctor Samuel tenia grandes y poderosos enemigos, pues ya, por dos veces, se habia salvado casi milagrosamente de morir á sus manos.

—¿Tiene usted en mí una completa confianza, querido maestro?—le preguntó despues de algunos momentos de meditacion.

—¿Por qué me hace usted esa pregunta? ¿puedo yo dudar del hombre generoso que no hace mucho me ha salvado la vida, arrancándome de las manos de mis asesinos, despues de haberme librado de la muerte con sus cuidados y su ciencia?

—Pues bien, si yo le inspiro á usted una gran confianza, es preciso que me obedezca ciegamente.

—¿Qué debo hacer?

—Ante todo, permanecer en casa y no salir nunca solo.

—Pero es preciso que yo busque á Daniel, que yo le encuentre, porque seria grande mi desesperacion si no pudiera cumplir el sagrado encargo de su difunta madre.

—Le buscaremos, y aunque me trate usted de confiado, casi estoy seguro de que le encontraremos.

—Pero es preciso no encontrarle demasiado tarde, es indispensable que sepamos en dónde se encuentra Daniel, porque Daniel ama á Clotilde, y Daniel ignora que Clotilde es su hermana.

Mendez se estremeció; la ausencia precipitada del conde de la Fé, el sigilo guardado hasta realizarla, le demostraban los siniestros planes de aquel viejo escéptico, y temia tambien, como el doctor Samuel, llegar demasiado tarde para evitar una gran desgracia.

Rápidamente comprendió que era preciso saber el paradero del general, y un pensamiento cruzó por su imaginacion: ver á la marquesa del Radio, esponerle todos los peligros que corria su hija, interesarla en su salvacion y obligarla, si preciso fuese, á que tomara una parte activa en aquel asunto.

Mendez, despues de un momento de pausa, durante la cual se le habian ocurrido todas estas reflexiones, repuso de este modo:

—Sí, dice usted bien: es preciso no perder el tiempo, es indispensable descubrir el paradero de Clotilde, porque de lo contrario podria suceder una desgracia. El conde de la Fé es uno de estos hombres que gastan el corazon en la juventud y llegan á la vejez con el escepticismo en el alma; ahora comprendo todo el interés, todo el afan que mostraba el viejo aristócrata en ocultar á Daniel el secreto de su nacimiento; pero tranquilice usted su espíritu: le salvaremos.

Mendez se levantó, y cogiendo el baston y el sombrero, que se hallaba sobre una mesa, volvió á decir:

—Voy á separarme de usted por algunos instantes; volveré pronto, espéreme usted aquí.

—¿Á dónde va usted?—preguntó Samuel con marcado interés.

—Ante todo á ver á la marquesa del Radio: ella me dirá en dónde se halla su hija.

—¿Cree usted que la marquesa lo sabe?

—Es muy probable.

—Pues bien, en ese caso quiero yo ver á esa señora.

—Imposible.

—¿Cómo!

—Querido maestro, usted es una persona desconocida para la severa y orgullosa marquesa del Radio, y la presencia de usted entorpecería grandemente mi plan.

—No comprendo...

—Procuraré explicarme: doña Beatriz,—añadió Mendez,—es una de estas mujeres de carácter de hierro, que no transigen nunca con nadie; usted para ella no es otra cosa que el terrible apoderado de la infeliz Ángela, que viene á arrebatarse sus derechos; yo sé cómo debo tratar á esa señora; la menor imprudencia echaría por tierra nuestros planes; tenga usted confianza en mí.

—No, no; yo quiero verla, yo quiero que sepa que el general Lostan es un infame.

Mendez se sonrió tristemente.

—¿Y cree usted que la marquesa lo ignora? ¡Ah, querido maestro! en los palacios, como en las buhardillas, tienen lugar terribles dramas de familia que permanecen ignorados para la sociedad; la marquesa ha permanecido muchos años separada de su marido, pero una de esas separaciones en que no toma parte la justicia, en que, para evitar el escándalo, se hace un convenio aceptado por ambas partes; la felicidad no existe siempre

bajo el dorado techo de la mansion del potentado, y muchas veces es mas feliz el pobre cavador que habita en la cabaña, que el millonario que tiene á sus órdenes criados con librea.

Y Mendez, cambiando de entonacion, añadió:—

—Pero no es este el momento de entregarnos á disertaciones filosóficas; créame usted, querido maestro, conviene que yo vea solo á esa señora; volveré pronto.

Y Mendez, sin esperar la réplica que indudablemente iba á asomar á los labios de Samuel, salió precipitadamente de la habitacion.

Al llegar á la antesala, llamó á un criado de su confianza y le dijo:

—Si el doctor Samuel intenta salir de casa, procura tú prohibírselo por todos los medios que estén á tu alcance, y si esto no te fuere posible, entonces síguelo por donde vaya; no le pierdas de vista, no le abandones.

Despues de esto salió á la calle.

CAPÍTULO III.

La marquesa del Radio.

Doña Beatriz pasaba los días encerrada en su gabinete. Para aquella mujer, joven aun y hermosa, el mundo tenía una soledad inmensa, la sociedad no existía.

El terrible drama de familia que tan desgraciada la había hecho, la lucha incesante con su orgullo, el temor de que el secreto que tan desgraciada la había hecho llegara á saberse, habían amargado su existencia, muerto su felicidad, é impreso en su carácter, fuerte y riguroso, algo que, según la opinión de sus criados, era insufrible.

Beatriz no amaba á su esposo, pero los deberes de la alta posición que ocupaba le habían marcado los límites de la prudencia y, ahogando el odio y la desesperación en el fondo de su alma, se sentía dispuesta á sacrificarse por su hija.

El corazón humano tiene misterios incomprensibles; en vano el ojo observador del hombre pretende leer en sus misteriosas páginas; cada pecho es un arca cerrada

que guarda los capítulos de una historia de lágrimas.

La marquesa del Radio vió siempre amenazada su honra mientras vivió la infeliz Ángela, y despues de su muerte, nuevos temores sobresaltaron su espíritu, al saber que Daniel se habia presentado ante el general Lostan para pedirle un poco de proteccion, un poco de cariño.

Á pesar de la severidad de su carácter, no podia menos de guardar en el fondo de su pecho un resto de agradecimiento hácia aquella pobre madre que bajó á la tumba sin revelar á su hijo el nombre del autor de sus dias.

Pero hay secretos que, tarde ó temprano, abandonan el silencioso recinto donde se hallan ocultos y salen á la luz de la publicidad.

Beatriz temia siempre que llegara ese terrible momento, porque entonces todos sus derechos de esposa, que tan legítimamente creia poseer, se convertian en esos lazos efimeros y quebradizos que unen á los hombres con sus mancebas.

La marquesa estaba resuelta á sacrificarlo todo antes que oir de los labios de Clotilde estas terribles palabras: «Yo no soy otra cosa que la hija natural de la marquesa del Radio y del general Lostan.»

Una fatalidad imponente, amenazadora, habia surgido para aumentar los temores de la marquesa: Daniel amaba á Clotilde y era amado por ella.

Nuestros lectores saben que el general habia apelado á la fuga para librar á su hija de los grandes peligros

que la amenazaban con su naciente y primer amor.

Pero ni el general ni la marquesa pudieron imaginar nunca que el amor que Daniel habia hecho brotar en el pecho de Clotilde fuese tan firme, tan vehemente, tan verdadero.

En el momento en que vamos á penetrar en el gabinete de la marquesa, ésta estaba leyendo una carta.

Doña Beatriz vestia, como siempre, un traje negro. Estaba mas pálida que de costumbre, pero esa palidez limpia, trasparente, hija del cansancio del espíritu y del insomnio.

Sus cabellos comenzaban á encanecer; sus cejas, unidas como una sola línea, sus ojos negros, tan severos como tristes, y la inmovilidad de sus delgados y unidos labios daban á su fisonomía un carácter de tristeza y de severidad imponentes.

La carta que leia la marquesa era indudablemente para ella de gran interés; estaba fechada en París y firmada lacónicamente con este nombre: «Pedro.»

Nosotros, valiéndonos de los privilegios del novelista, vamos á permitir á nuestros lectores que lean el contenido de esta carta; decia así:

«Señora marquesa: siempre que cojo la pluma para escribir á usted, mi espíritu vacila, mi razon se aturde y no acierto nunca la forma que debo emplear.

»Usted sabe, señora, que uno de esos pecados de la juventud, que no vacilo en calificar de crimen, ha establecido entre nosotros dos una situacion difícil y tirante; pero en la vida se dan pasos que al hombre no le es

fácil borrar, aunque para ello intentara cubrir con su sangre las huellas que deja.

»No es, pues, de mí de quien voy á hablar á usted; la personalidad del general Lostan significa bien poco, y usted, señora, sabe muy bien que si, sacrificando mi vida, pudiera labrar la felicidad de la marquesa del Radio y de su hija, yo no vacilaria un solo instante.

»Voy á hablar, pues, de Clotilde; de Clotilde, á quien tanto amamos, y que en justa expiación de mis culpas, la veo á mi lado triste y pesarosa.

»Desde que salí de esa, mi única ocupacion se reduce á velar por mi hija, estudiando al mismo tiempo los efectos de la pasion que la domina.

»El cielo de París, la animacion aturdidora de esta gran ciudad no han logrado ni un solo instante hacerle olvidar á España.

»Yo partí con la esperanza de que la ausencia disiparia de la mente de Clotilde el amor que, en mal hora, sintió por Daniel.

»¡Vana esperanza, marquesa! Cada sol que muere, cada dia que pasa, el recuerdo de Daniel se aferra más y mas en el alma de nuestra hija.

»Al escribir estas líneas siento el corazon oprimido y mis ojos se hallan llenos de lágrimas.

»Lloro, sí, señora, lloro, no me avergüenzo al confesarlo, porque es á usted á quien comunico esta debilidad de mi espíritu, y además, estas lágrimas son una justa expiación de mis pasadas culpas.

»Anoche, al regresar del teatro de la Ópera, en

donde Clotilde permaneció toda la velada triste, meditando, indiferente, deseando reanimar su espíritu, cogile con ternura las manos, y arrojándome á sus piés, le supliqué que olvidara á Daniel.

—»Clotilde me escuchó verdaderamente conmovida, y arrojándose en mis brazos, me dijo con uno de esos gritos que nacen del fondo del alma:

—«Padre mio, desde el dia que por primera vez me prohibiste amar á Daniel, he tenido vehementes deseos de obedecer tus órdenes, pero hay algo dentro de mi sér que es superior á mi voluntad; pídemela vida, tuya es, porque te amo con toda mi alma; exígeme que no sea nunca la esposa de ese hombre, yo sabré obedecerte; pero que no le ame, que le olvide, es imposible; huyamos de él lejos, muy lejos, donde no pueda encontrarnos, y aunque yo no comprenda por qué tú, que tanto me amas, te opones, sin darme una razon que me convenza, á mi felicidad, yo, respetando tus órdenes, te seguiré á donde quieras llevarme; pero permíteme tú, al menos, el gran consuelo de las lágrimas.»

—»Esto me dijo nuestra hija; ¡Dios quiera que el tiempo venga en nuestra ayuda!

—»Mañana partiremos para Ginebra; desde las orillas del lago Lemán, donde pienso establecerme, volveré á escribir á usted dándole cuenta de todo cuanto ocurra. Entre tanto, señora, yo le suplico ruegue á Dios por su hija y que no olvide en sus oraciones al desgraciado—Pedro.»

Los ojos de la marquesa se hallaban secos al terminar la lectura de la carta, pero la palidez extrema de su

semblante demostraba el profundo efecto que la lectura le habia causado.

El dolor encallece el corazon, agota la sensibilidad, y Beatriz habia sufrido mucho.

Durante años enteros las lágrimas no se habian secado en sus ojos, y ese precioso y fecundo manantial que brota del alma, podia decirse que estaba seco en la de la marquesa.

Con la carta en la mano, la mirada profundamente triste en aquellas líneas, que eran el resúmen de un drama de familia, la marquesa permaneció inmóvil durante algunos minutos.

En aquel momento, con su traje negro, su inmovilidad, su melancólico semblante, la ruda y triste expresion de sus ojos, Beatriz hubiera podido servir de modelo á un pintor para crear el retrato de la viuda de Padilla.

Hay naturalezas que son desgraciadas porque nacen en una época que no es la que les corresponde.

Si la marquesa del Radio, cuya nobleza databa del tiempo de las Cruzadas, hubiera nacido en el siglo de Godofredo de Bouillon, habria sido una de aquellas ricas fемbras modelo de virtud, de severidad y de honradez.

Pero habia tenido la desgracia de nacer en el siglo xix, en este siglo en que la aristocracia de la sangre ha degenerado lo suficiente para cambiar la ruda cota de malla por el frac de paño de Sedan, trocando las costumbres castellanás por las francesas.

Una voz tímida interrumpió la profunda meditacion de doña Beatriz.

—Señora marquesa,—dijo;—perdone V. E. si me atrevo á interrumpirla.

Doña Beatriz levantó la frente, fijó sus severos ojos en la doncella, que se hallaba inmóvil junto á la puerta, y despues de una pausa durante la cual dobló con calma la carta, guardándosela en el bolsillo, le dijo con una de esas entonaciones frias que afectan el espíritu de aquel á quien se dirigen:

—¿Qué quiere usted?

—Vuelvo á pedir perdon á la señora marquesa, pero como es un amigo de casa...

—Pero bien, ¿qué ocurre?

—El doctor Mendez que pide permiso para entrar.

La marquesa vaciló un momento, parecía como que estaba irresoluta antes de dar el permiso; por fin dijo:

—Bien, que pase.

Un momento despues, Mendez se encontraba delante de la marquesa.

—Ante todo, señora marquesa,—dijo el doctor saludándola,—no vengo como médico, vengo como amigo, y aun me permitiré decir como amigo oficioso.

—El doctor Mendez no ha sido nunca amigo oficioso en casa del general Lostan.

—Pero lo que no sucede en un siglo sucede en un segundo.

—Esa es una gran verdad que yo no me atreveria á contradecir; ruego á usted que tome asiento.

Mendez saludó con un movimiento de cabeza y ocupó una silla cerca de doña Beatriz.

CAPÍTULO IV.

Una revelacion inesperada.

El doctor Mendez no era un hombre vulgar: tenia gran costumbre de leer en el semblante de sus clientes y creyó notar en el rostro de la marquesa huellas mas tristes, mas sombrías que de costumbre.

—Ante todo, señora, comenzaré por decirle que mi inesperada visita obedece á un deber de conciencia y de amistad.

Beatriz fijó en el doctor una de esas miradas que se traducen siempre como una frase de impaciencia.

—Si la marquesa del Radio, si el general Lostan y, sobre todo, la encantadora Clotilde me fueran indiferentes, me hubiera ahorrado esta visita; pero no siendo así, creo que no debo perder el tiempo y entrar de lleno en el asunto que me conduce á esta casa.

—Pero, ¿qué es lo que ocurre, doctor? estoy impaciente: ¿viene usted á anunciarme alguna mala nueva?

—Vengo á decirle á la señora marquesa del Radio

—que el conde de la Fé y su ahijado Daniel han desaparecido de Madrid. La marquesa se estremeció.

—Pero, ¿se sabe á dónde han ido?—preguntó con acento severo.

—Indudablemente Castro, el secretario del señor conde, debe saber dónde se halla su amo; pero Castro se obstina en negarlo, y esta negativa me ha hecho concebir graves sospechas, porque, de seguro, el conde de la Fé no ha salido de Madrid con otro objeto que el de seguir los pasos al general Lostan.

Doña Beatriz fijó una mirada recelosa en el doctor, y dejando luego asomar á sus labios una amarga sonrisa, añadió:

—Hace muchos años que el conde de la Fé y el general Lostan no son amigos, y no creo que se tome la molestia de seguir el mismo itinerario.

—Precisamente, señora, porque no son amigos, porque se odian con todo su corazón, es por lo que yo creo, y con fundado motivo, que si el conde de la Fé ha desaparecido de Madrid sin decirlo á nadie, si Castro, su secretario, se obstina en ocultar á dónde ha ido, es porque ese misterio envuelve la intencion de seguir la misma ruta que el esposo de usted.

—¿Y con qué motivo, caballero?—preguntó doña Beatriz, á quien el tono y la gravedad del doctor Mendez comenzaban á preocupar.

—Señora marquesa,—repuso Mendez,—yo he venido á ver á usted aconsejado por mi conciencia; es preciso,

—pues, que le hablé con toda franqueza, y aunque le sorprendan mis palabras, ha llegado el momento de decir la verdad y de formar una alianza para librar á Clotilde de los peligros que la amenazan.

—¿Peligros á mi hija?—esclamó la marquesa estremeciéndose.—Hable usted, caballero: una madre debe saberlo todo.

—En verdad, señora, que me encuentro en una situación bastante embarazosa, porque hay asuntos de familia que son verdaderamente difíciles de tratar; pero usted tiene bastante talento y me conoce además lo suficiente para apreciar, mas que las palabras que van á brotar de mis labios, la intencion que ellas envuelven.

—Sí, sí, Mendez, sospecho lo que va usted á decirme y le ruego que sea franco, que hable sin ningun temor. Hace muchos años que mi corazon está acostumbrado á esas tempestades del hogar doméstico. He sido muy desgraciada; usted sabe una parte de estos infortunios y ha sido además un buen amigo de casa.

—Por esa razon, señora, hoy, que comprendo el gran peligro que corre la señorita Clotilde, no he vacilado en venir para ponerme de acuerdo con usted y buscar el medio de que los maquiavélicos planes del escéptico conde de la Fé no se realicen. La casualidad me ha hecho sabedor de una historia que yo juro á usted guardar oculta en el fondo de mi pecho.

—¿Una historia?—preguntó con recelo la marquesa.

—Sí, la historia de una infeliz mujer, de una pobre mártir que bajó á la tumba sacrificando la felicidad de

su alma, ahogando los amorosos gritos de su corazón, sin otro objeto que librar de la infamia al general Lostan y dar á su hijo un modesto porvenir.

La marquesa palideció hasta el punto de tornarse lívida. Ella ignoraba que el doctor Mendez supiese la historia de Ángela, pero las palabras que acababa de escuchar no le dejaban la menor duda.

—¿Y quién ha contado á usted esa historia?

—Un pobre anciano que ha corrido peligros de muerte desde el día que Ángela le hizo depositario de sus secretos.

—¿Quién es ese hombre?

—El doctor Samuel, el modesto médico del pueblo en donde exhaló el último aliento la madre de Daniel.

—Y ese hombre, ¿conserva en su poder algún documento que pueda probar los derechos de la mujer que ya no existe?

—Conserva uno.

—¿Cuál?

Esta pregunta fué hecha de un modo indescriptible.

El semblante de la marquesa se habia descompuesto: tenia algo del reo que espera impaciente oír de los labios del juez una sentencia de muerte.

Y sin embargo, aquella mujer era inocente, era una de las víctimas del general Lostan; pero la sociedad le imponía deberes penosos, y ahogando en el fondo de su alma todas las amarguras, se presentaba ante la sociedad con la frente serena.

—Ese documento, señora,—añadió Mendez,—es la

partida de casamiento de la infeliz Ángela, de la madre de Daniel.

La marquesa exhaló un grito, uno de estos gritos que tienen tanto del rugido de la leona como del lamento de dolor de una madre herida de muerte.

Doña Beatriz comprendió que todos sus afanes, todos sus sacrificios iban á ser inútiles con el tiempo.

¿Qué importaba que Ángela hubiese muerto, si dejaba pruebas irrecusables del crimen de Lostan?

¿De qué le servía haberse separado de su hija, si un hombre tenia pruebas para probar la legitimidad de Daniel, y otro hombre rico y poderoso, aconsejado por la venganza, corría indudablemente arrastrando en pos de sí á Daniel, para arrojarlo en los brazos de su hermana?

La marquesa comprendió que el doctor tenia razon al decirle que un gran peligro corría su hija.

Mas ¿cómo evitarlo? ¿qué iba á suceder en el estranjero cuando Clotilde y Daniel se encontraran, cuando el general Lostan y el conde de la Fé se vieran frente á frente?

Un terrible drama, uno de esos dramas tan sangrientos como vergonzosos, tendria indudablemente lugar, y era preciso evitar que esto sucediese.

La marquesa ignoraba el parádero del conde de la Fé, pero sabia el de su esposo.

Por otra parte, temia cometer una imprudencia revelando lo que habia jurado no revelar, y le alentaba la esperanza de que el general, interesado como ella en salvar á Clotilde, no la perderia ni un solo instante de vista.

Durante algunos segundos la marquesa guardó silencio, porque su espíritu vacilaba.

Mendez era para ella un hombre honrado, respetable, una de esas personas que inspiran confianza y, sin embargo, no se atrevía á decirle «mi hija se halla en París y saldrá indudablemente mañana para Ginebra.»

De repente, en medio de la ofuscacion de sus ideas, surgió, por decirlo así, un rayo de luz, y este pensamiento cruzó por su imaginacion: «el general me dice en su última carta que sale mañana para Ginebra; al hablarme de la melancolía de nuestra hija, nada me dice del conde de la Fé, lo que me prueba que aun no se han visto: esperaré á que vuelva á escribirme desde Ginebra, y entonces me pondré en camino, me reuniré con mi hija, y estando á su lado, yo sabré defenderla.»

Doña Beatriz tenia un carácter enérgico; una vez tomada una resolucion, no retrocedia con facilidad: además, era demasiado orgullosa para permitir que se entrometiera nadie en sus asuntos de familia.

Formada esta resolucion, se serenó rápidamente y dijo:

—Comprendo los peligros que amenazan á Clotilde, pero no me queda otro remedio que resignarme á los fallos de la Providencia, porque yo tambien, señor Mendez, ignoro el paradero del general Lostan.

La marquesa acababa de mentir, obedeciendo á los consejos de su orgullo.

—Pero ¿el general no se ha dignado escribir indicándome su paradero?—preguntó el doctor con estrañeza.

—Nada ha escrito; ignoro, por consiguiente, en qué punto del universo se halla; ese silencio me indica que aun no han elegido residencia, pero confío que antes de mucho recibiré alguna carta del general, y entonces nos pondremos de acuerdo para ver el modo de evitar los peligros que, como usted ha dicho muy bien, amenazan á mi hija.

—Es verdaderamente una desgracia perder el tiempo, porque tal vez mañana sea tarde.

—Dios sabe la inocencia de mi hija, Dios conoce mis sufrimientos, y confío que él se apiadará de nosotros.

Mendez conocia perfectamente á la marquesa y estaba persuadido de que era inútil prolongar por mas tiempo aquella entrevista; se levantó, y saludando respetuosamente, dijo con una entonacion triste y pausada:

—Señora, he cumplido con los penosos deberes de la amistad; mis labios han pronunciado palabras tan tristes para usted como desagradables para mí; usted no ignora que Clotilde ama á Daniel con toda la vehemencia del primer amor: usted sabe que si el fuego de la juventud, inflamando á sus dos corazones contrariados, llegara á unirles en un momento fatal, ese amor seria una terrible desgracia. ¡Dios quiera que esa desgracia no se realice.

Y como el doctor Mendez, dando por terminada aquella escena, hiciera un movimiento para dirigirse hácia la puerta, la marquesa le detuvo diciéndole:

—Un momento, doctor.

Mendez se detuvo, se quedó inmóvil y grave ante doña Beatriz, y dijo:

—Estoy á las órdenes de usted, señora.

—Usted me ha dicho que existe un hombre que posee un documento de la mayor importancia...

—Sí; no lo olvide usted, señora, ese documento es la partida de casamiento de Pedro Lostan con Ángela Cantero.

La marquesa se pasó varias veces la mano por la frente, como si un pensamiento espantoso la abrumara.

—¿Y ese hombre que tan terrible arma posee no ha dicho á usted el uso que quiere hacer de ella?

—Ese hombre, señora, tiene una sagrada misión que cumplir: ese hombre recibió un encargo de los labios de una mujer moribunda que, con acento trémulo y vacilante, los ojos llenos de lágrimas y las huellas de la muerte marcadas en su rostro, le recomendó á su hijo, «en usted confío, le dijo, solo queda Daniel en el mundo y espero que hará usted valer sus derechos.»

La marquesa inclinó aterrada la frente sobre el pecho; dos lágrimas de dolor, de rabia, asomaron por sus ojos, y un suspiro se escapó de sus labios.

El doctor Mendez, con la gravedad de un juez inflexible, inmóvil como una roca y grave como la meditación, repuso de este modo:

—El pobre anciano que recibió este sagrado encargo, jurando á la madre moribunda cumplirlo exactamente, ignoraba que pocas horas despues dos miserables, pagados por el verdugo de Ángela, debían asaltar su morada con el rostro cubierto y robarle un manuscrito que la madre de Daniel le habia confiado, y en el cual, con ese

lenguaje sentido del alma, se hallaba escrita una historia de lágrimas; pero la Providencia, que vela siempre por el inocente, esa Providencia eterna, protectora del débil y del desvalido, frustró los planes de los enemigos del doctor Samuel, que huyeron dejándole por muerto y llevándose el manuscrito.

—¿Luego ese hombre no posee ya el manuscrito?— preguntó doña Beatriz recobrando nuevamente el aliento.

—El manuscrito, señora, debe hallarse en poder del general Lostan, pero una casualidad verdaderamente providencial hizo que los ladrones asesinos se dejaran sobre la mesa la acusadora partida de casamiento: afortunadamente yo me encontraba aquella noche de luto y de sangre, en el pueblo en donde tuvo lugar el drama, y pude salvar de la muerte al venerable y honrado doctor Samuel.

Mendez se detuvo; el recuerdo de aquella noche espantosa le afectaba; respiró como para cobrar aliento y, observando la profunda impresion que en la marquesa causaba su relato, volvió á decir:

—Trascurrió algun tiempo; el doctor Samuel logró por fin restablecerse de su penosa y larga enfermedad, y recordando el sagrado ofrecimiento que habia hecho á la pobre Ángela, vino á Madrid, resuelto á hacer valer los derechos de un hijo abandonado. Entonces, forzoso es decirlo, señora, porque hay crímenes que no pueden quedar ocultos, entonces el general Lostan supo con espanto la llegada á Madrid del doctor Samuel, le preparó una segunda emboscada, y nuevamente se vió el

pobre anciano espuesto á perecer de hambre, porque sus enemigos, enseñándole el alimento, no le permitian llevarlo á la boca sin que les entregara antes el documento, que era una amenaza suspendida sobre la cabeza del general Lostan, y les jurara al mismo tiempo guardar un profundo silencio sobre la historia de Ángela.

—¡Basta! ¡basta!—esclamó la marquesa;—¡parece increíble que en el mundo existan hombres tan infames! pero no, no: las infamias de mi esposo no deben arrojarme; yo soy inocente de toda culpa; ¡que caiga sobre él solo el desprecio de la sociedad y los terribles fallos de la justicia!

Y la marquesa, apoderándose rápidamente de una de las manos del doctor, exclamó con una entonacion que, por lo suplicante, parecia hallarse en contraposicion con su carácter:

—Yo necesito ver á ese hombre; yo necesito decirle que una madre desconsolada le pide clemencia para su hija; si es preciso, me arrodillaré á sus piés, haré pedazos mi orgullo, sacrificaré mi carácter y dominaré la altivez de mi raza.

Mendez agitó tristemente la cabeza en señal negativa.

—No creo que consiga usted nada, señora; el doctor Samuel es tan inflexible como honrado, y por nada del mundo faltaria al juramento con que cerró los ojos de la moribunda Ángela.

—Pero, ¿qué es lo que quiere ese hombre? una fortuna para Daniel; pues bien, yo se la daré.

—No es una fortuna, señora; es un nombre, un apellido, una legitimidad que le pertenece.

—Pues bien, sea como sea, necesito ver á ese hombre; si él no quiere venir á verme, yo iré á buscarle; este es, caballero, el único favor que le pido.

Doña Beatriz, que se habia levantado, volvió á dejarse caer en la butaca.

Mendez, despues de saludar con un ligero movimiento de cabeza, salió del gabinete.

CAPÍTULO V.

Horas de dolor.

La marquesa permaneció largo rato profundamente abismada.

De vez en cuando, su cuerpo sufría vivos estremecimientos, como si las ideas que indudablemente cruzaban en tropel por su imaginación, por su cerebro, oprimiendo el espíritu, fueran á herirla de rechazo en el alma.

Las terribles revelaciones que acababa de hacerle el doctor Mendez habían descornado ante sus ojos un panorama de sangre, y la idea de hallarse unida á un hombre tan criminal como el general Lostan, la aterraba.

Hasta aquel momento, para Beatriz, su esposo no era mas que un hombre de esos que cometen un pecado en la juventud que pesa sobre el corazón como una plancha de plomo, que sobresalta la conciencia, que hace brotar en el fondo del alma el remordimiento, y que acompaña hasta la tumba, dirigiéndonos siempre terribles acusaciones.

El delito de Lostan era grave, había causado la des-

gracia de dos mujeres, y tal vez iba á ser la causa de la perdicion de dos jóvenes inocentes.

Pero todo lo que acababa de contarle Mendez era altamente criminal, y, tarde ó temprano, la justicia debia estender su brazo para apoderarse del culpable y pedirle cuenta de su conducta.

¿De qué sirven en estos casos la fortuna, los antiguos pergaminos, la suntuosidad de los palacios? De nada.

La tranquilidad del espíritu, el dulce sosiego de la conciencia, la paz del alma y la poética armonía del hogar doméstico: hé ahí la inmensa fortuna, la riqueza mayor de la criatura.

El general Lostan, rico, noble, con el pecho cubierto de condecoraciones y ocupando una elevada posicion social, se veia precisado á huir de Madrid, á alejarse de España con el corazon lleno de sobresaltos, como un criminal que teme los rigores de la justicia, como un desgraciado que se halla fuera de la ley, como un miserable cuyos delitos están penados por el código.

La marquesa comprendia que, si no por su esposo, por ella y su hija, era preciso, sin reparar en los medios y aun desoyendo la voz de su dignidad ofendida, lograr que el doctor Samuel no hiciera público el sécreto, no se presentara ante los tribunales á pedir justicia.

Pero, ¿cómo alcanzar de un hombre recto y justo semejante sacrificio?

Por lo que acababa de decirle Mendez, por los peligros que habia sufrido el doctor Samuel, Beatriz comprendia que no era un hombre vulgar.

Con la clara y viva penetración de la mujer llegó á convencerse de que el noble anciano no cedería nunca á las dádivas, pero en el fondo del alma le quedaba una remota esperanza de que tal vez se conquistara su voluntad por las súplicas.

Para una mujer como la marquesa del Radio, para una organización tan altiva y tan orgullosa, la súplica era humillante.

Pero, ¿qué es el orgullo? ¿qué es la vanidad? ¿qué es la soberbia humana, cuando se trata de salvar una hija?

Beatriz estaba resuelta á sacrificarlo todo, si no por el general Lostan, á quien despreciaba, por Clotilde.

Desgraciadamente, toda la vergüenza que puede caer sobre la honra de un padre criminal no le mancha á él solo, y la marquesa temía que algo de este oprobio cayera sobre la frente inmaculada de su hija.

Por eso allí sola, abrumada bajo el peso de sus reflexiones, sobresaltada con los peligros que la honra de la casa corría, lágrimas de fuego destilaron sus ojos, que, surcando por sus mejillas, fueron á ocultarse en su palpitante seno.

Así trascurrió el día y así llegó la noche; el silencio y la oscuridad se extendieron por los ámbitos de aquella habitación, sin que la marquesa se apercibiera del notable cambio que se opera del sol á las tinieblas.

Una mujer anciana, vestida de negro como la marquesa y cuyos cabellos eran blancos como la eterna nieve que corona las cimas del Ararat, entró tímidamente en la habitación.

Esta mujer, que frisaría en los sesenta años, tenía uno de esos rostros dulces, bondadosos, llenos de unción y mansedumbre, que, á primera vista, inspiran confianza.

Nuestros lectores la reconocerán solo con decirles que se llamaba doña Mercedes. Era el aya de Clotilde.

Doña Mercedes, que amaba á su discípula con toda su alma y que al verla partir habia sentido romperse en pedazos su corazon; doña Mercedes, que era una de esas mujeres cuya alma no se habia conmovido al contacto de las caricias del amor de los hombres, cuyo generoso corazon, careciendo de una familia, se habia visto en la necesidad de buscarse en el amor de Clotilde los consuelos y el cariño que anhelaba su alma, desde la ausencia de su querida niña, vagaba por las habitaciones del palacio como un cuerpo sin alma, triste y llorosa.

Al entrar en el gabinete de la marquesa se detuvo un momento, porque la oscuridad no le permitió descubrir al pronto el sitio en donde estaba su ama.

Poco despues, una doncella que traía una lámpara encendida en la mano apareció detrás de doña Mercedes.

—Deje usted la luz sobre la piedra de la chimenea y retírese usted,—dijo doña Mercedes.

La doncella obedeció.

Mientras tanto la marquesa continuaba inmóvil y abismada en sus reflexiones.

La luz de la lámpara ni las palabras del aya de Clotilde habian logrado distraerla de su meditacion, porque

hay momentos en la vida que no existe para nosotros nada, exceptuando la idea que llena nuestro cerebro, que reasume nuestra vida, que nos oprime y absorbe toda nuestra atencion.

Doña Mercedes permaneció algunos momentos contemplando la inmovilidad de la marquesa y sin atreverse á interrumpirla.

Pero era preciso poner fin á aquella escena, y resolviéndose, avanzó algunos pasos y dijo:

—¿Está usted mala, señora?

Doña Beatriz levantó la frente, se estremeció, y fijando una mirada vaga en la anciana, contestó:

—¡Ah! ¿es usted, Mercedes? No me siento muy bien.

—¿Quiere la señora que se mande llamar al médico?

—¿Para qué? La ciencia de curar no ha descubierto aun los medicamentos para el alma.

—Dice usted bien, marquesa: en esta casa falta la alegría desde que se marchó la señorita Clotilde, y si su ausencia dura mucho...

—Será preciso que vayamos nosotras á buscarla, ¿no es verdad?

—¡Oh! eso sería para mí una gran alegría.

—Pues bien, Mercedes, ¡quién sabe! tal vez no esté lejos el dia en que abandonemos á Madrid para ir á reunirnos á Clotilde.

—¿De veras?—esclamó la buena anciana con marcada alegría.

—Usted ha sido una segunda madre para Clotilde, sé lo que usted la ama y lo que ella la quiere, y en cuan-

to á mí, puedo asegurarle que me va cansando la soledad en que vivo.

—¡Ah! si la señora me hubiera creído, nunca hubiera dejado partir á la señorita Clotilde sin ir nosotras con ella.

—Es verdad, pero aun no se ha perdido todo, aun puede remediarse el mal y evitar los peligros que corre mi hija.

—¡Peligros!—repitió sobresaltada Mercedes.

La marquesa exhaló un suspiro, fijó con triste expresión los ojos en la anciana y repuso:

—Usted sabe lo que he sufrido; para usted no existen secretos en esta casa, y debo decirle que hoy, mas que nunca, se halla amenazada nuestra tranquilidad.

—Me asusta usted, señora marquesa.

—¡Ah! ¿cómo puede estar tranquilo mi espíritu cuando sé que la ausencia no ha logrado que Clotilde olvide al hombre que ama, y este amor pudiera ser causa de grandes desgracias?

Mercedes no ignoraba la frialdad establecida entre la marquesa y el general Lostan, pero para ella era un secreto la historia de Ángela y de su hijo.

La tenacidad que habia demostrado el general en prohibir á su hija que amara á Daniel, no la atribuía á otra cosa que á uno de esos necios orgullos de raza que causan casi siempre la desgracia de los hijos.

Por otra parte, doña Mercedes estaba tan acostumbrada á vivir entre gente de alto rango, que no le causaba novedad, y aun le parecía justo que un aristócrata

negara la mano de su hija á un jóven que ni siquiera podia decir el nombre de su padre.

Estaba, pues, completamente conforme con aquella prohibicion, si bien se condolia viendo la tenacidad de Clotilde en amar al mismo hombre que el interés de la familia le prohibia.

Bien es verdad que á los sesenta años se piensa del amor de distinto modo que á los diez y ocho.

Mercedes no habia amado nunca; para ella esas pasiones que inflaman el corazon y enloquecen el cerebro habian sido siempre una fruta vedada, un campo desconocido.

Por esta razon, á pesar del inmenso amor, del entrañable cariño que profesaba á Clotilde, no podia esplicarse la tenacidad de la jóven en amar á un hombre de origen desconocido y que estaba muy lejos de igualarse á ella en posicion social.

Se hallaba, pues, completamente de acuerdo con la marquesa, si bien se condolia del malestar general que reinaba en la casa, hijo de una pasion contrariada que ella no podia esplicarse.

—Señora marquesa,—añadió Mercedes,—si mis ruegos, si mis súplicas son bastantes para decidir á usted á que tome una resolucion salvadora, yo me atreveria á aconsejarle que nos reuniéramos con la señorita Clotilde lo mas pronto posible; estando á su lado, podemos serle de gran utilidad; por mucho que el general la ame, por mucho que la señorita quiera á su padre, no puede tener con él la misma confianza que tendria con nosotras.

—Sí, dice usted bien, es conveniente que nos reunamos pronto con Clotilde, que le prestemos nuestra sombra, que le hagamos ver, con el lenguaje de la persuasión, los peligros que corre alimentando en su pecho un amor imposible.

—Entonces, ¿por qué perdemos tiempo?

—Es preciso, sin embargo, esperar; hoy he tenido carta del general, en la que me dice que sale de París y se dirige á Suiza, y usted comprenderá que sin saber fijamente su paradero no es prudente que emprendamos el viaje.

—Sí, lo comprendo, pero tengo tanta impaciencia...

—Además, estoy esperando á un hombre con quien he de tener una entrevista, y ese hombre podría influir mucho en el asunto que nos ocupa.

Y como si estas palabras hubieran tenido una influencia mágica, una doncella se presentó en la puerta del gabinete y dijo:

—El doctor Mendez y otro caballero piden permiso para ver á la marquesa.

—¡Ah! que pase, que pase inmediatamente; ahí está el hombre á quien espero; retírese usted, Mercedes, y que nadie nos interrumpa bajo ningun pretexto.

CAPÍTULO VI.

Una situación grave.

La marquesa fijó los ojos en la puerta. Tenía vehementes deseos de conocer al hombre en cuyas manos se hallaba la honra de su hija.

Cuando Mendez y Samuel se presentaron, al ver la noble y respetable fisonomía del anciano médico, renació la esperanza en el corazón de la marquesa.

Hay semblantes revestidos de tal majestad, de tal nobleza, que se resiste uno á creerlos capaces de una infamia.

Mendez se adelantó y dijo saludando respetuosamente:

—Señora marquesa, tengo el honor de presentar á usted á mi maestro y antiguo amigo el doctor Samuel.

Doña Beatriz hizo un ligero movimiento con la cabeza y dijo:

—Yo agradezco á usted, señor Mendez, el haberme presentado á este caballero, y como supongo que no ignora el motivo que aquí le conduce, ruego á ustedes to-

men asiento, porque hay asuntos tan sumamente enojosos que lo mejor es salir de ellos cuanto antes.

Samuel y Mendez comprendieron que la marquesa no queria perder el tiempo, y acercando dos sillas á la butaca que ocupaba doña Beatriz, se sentaron.

—Caballero,—volvió á decir la marquesa dirigiendo la palabra á Samuel,—seria altamente necio no abordar de lleno una cuestion que es de tanta trascendencia para la honra de mi familia. Por el doctor Mendez he sabido la historia de las persecuciones que usted ha sufrido y de las que yo soy completamente inocente, si bien me afectan en alto grado.

La marquesa se detuvo, y como los dos médicos guardaran silencio, volvió á decir:

—No es la marquesa del Radio, no es la esposa del general Lostan la que va á dirigir á usted la palabra: es una madre desgraciada que tiene el corazon traspasado, una infeliz mujer que estima en mas la honra que la vida y que, sin saber cómo, se halla envuelta en uno de esos dramas de familia que la avergüenzan, que la humillan, que la hacen sufrir mucho.

Y cambiando de entonacion y agitando tristemente la cabeza, repuso:

—Si el doctor Samuel conociera á la marquesa del Radio, apreciaria estas palabras que le dirige; ha llegado la hora en que debe lucir la verdad, en que los labios no deben pronunciar otras frases que las que sienta el corazon, y yo abduco del orgullo de raza que inflama mi sangre, del carácter altivo que siempre he tenido por

PUBLICACION NOTABLE EN FRANCIA

LAS FÁBULAS DE ESOPHO

TRADUCCION DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LOS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULIO GELIO, ETC.

Precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias póstumas sobre los citados Autores

POR EDUARDO DE MIRER

BASIS DE LA TRADUCCION

Las Fábulas de Esopo, formadas un todo de relatos imaginarios, comprenden de unas 50 narraciones, repartidas en todas las partes de este número.
Cada una consta de 8 páginas en folio, perfectamente impresas y guardadas o bien de una tirada o bien de una tirada pública.
Para dar nuestro libro reúne las condiciones de un verdadero libro de acción ilustrada, con un considerable número de viñetas, tanto sentando los principales puntos de las fábulas más conocidas, como a fin de proporcionar las imágenes que el precio de esta colección le solo el de UN REAL en toda España.

PROXIMA A PUBLICARSE

LA CARCAJADA

Historia de un buen humor

Novela de costumbres

de ALONSO

ERNESTO GARCIA LADRETE

Magnífica ilustración de familiaridad y humor, dirigidas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

A UN CUARTILLO de real la entrega

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores.

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escadan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en fôleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de **UN REAL** en toda España.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

A UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramirez y C.^a